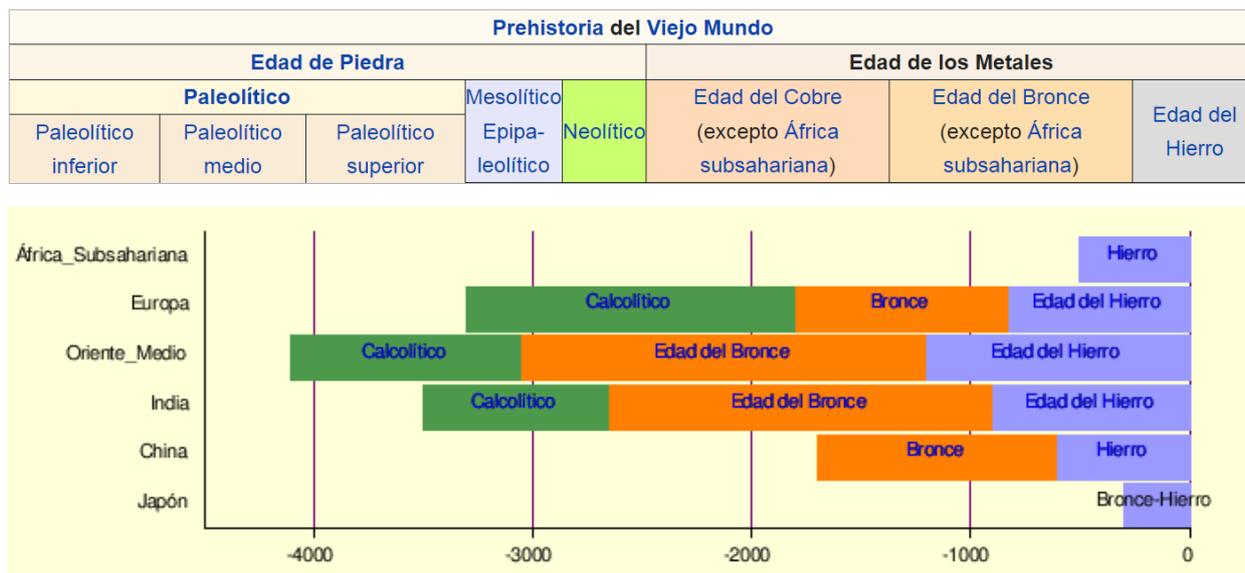


LA IRRUPCIÓN DE LOS METALES

EDADES PREHISTÓRICAS – CRONOLOGÍA



Hacia el 6000 a.C., empezaron a utilizarse en Asia Occidental hornos permanentes para la alfarería. Esto hizo posible la fabricación de grandes cantidades de ladrillos de barro cocidos al fuego, mucho más resistentes que los habituales. La mayor resistencia de estos ladrillos permitió crear edificaciones más robustas, resistentes y duraderas.

La mejora de los hornos de cocción del barro y las nuevas técnicas para controlar la temperatura, junto con el conocimiento de nuevas materias primas, pusieron las bases para el desarrollo de otras industrias de transformación como la metalurgia y la fabricación del vidrio. La irrupción de los metales en la historia de la humanidad significó un cambio radical.

Pero todos estos avances fueron posibles gracias al dominio de fuego, privilegio de los dioses. No es de extrañar que, según la mitología, los dioses montaron en cólera cuando los hombres les robaron el secreto del fuego, esto les impedía seguir manteniendo ignorantes a los hombres para que les fueran eternamente deudores, temerosos y fieles.

El final del Neolítico está marcado por un nuevo avance tecnológico: el descubrimiento de las propiedades químicas de los metales y su utilización para crear herramientas.

Llegaría así la Edad del Bronce, y con ella, el paso que llevaría al hombre del Paleolítico a dejar la Prehistoria para adentrarse en la Historia.

La Edad de los Metales es una de las dos grandes etapas tecnológicas de la prehistoria. Es el período que siguió a la Edad de Piedra y durante el cual se empezó a fabricar objetos de metal fundido. Desde los inicios del Neolítico los metales nativos eran trabajados por martilleado.

La metalurgia era un proceso complejo que estimuló en gran medida el comercio con otros pueblos. Así se propagaron nuevos productos agrícolas como el aceite, las aceitunas, la sal, las lentejas, el ámbar, el lapislázuli (piedra azul procedente de Afganistán) y nuevos inventos, como la rueda, la vela y el arado.

Las relaciones comerciales fueron muy intensas por mar, tanto por el Atlántico como por el Mediterráneo. Poco a poco van surgiendo las ciudades, la jerarquía social y las guerras.

La Edad de los Metales comienza con la fundición del cobre (VI milenio a.C.) en Anatolia y en los montes Zagros). En Europa terminó en el I milenio a.C. En Mesopotamia y en Egipto la metalurgia ya es histórica, pues coincide con el desarrollo de la escritura.

La Edad de los Metales en Eurasia se ha subdividido tradicionalmente en Edad del Cobre o Calcolítico, Edad del Bronce y Edad del Hierro. El Calcolítico coincide en la mayor parte de Europa con la segunda mitad del IV milenio a. C. y casi todo el III milenio; el Bronce correspondería al II milenio a. C.; y el Hierro con el I milenio a. C., época en la que el continente entró en la Historia.

LA EDAD DEL COBRE

La Edad del Cobre se llama también Calcolítico (del griego χαλκός, jalkós 'cobre' y λίθος, líthos 'piedra') o Eneolítico (del latín aeneus 'de bronce' y lítico: del griego λιθικός lithikós 'perteneciente o relativo a la piedra'), pero fue el cobre el que dio el nombre a esta etapa de la prehistoria porque en principio fue el inicio del uso del cobre.

El cobre nativo fue ese el primer cobre usado en la Edad de los Metales. Ningún otro metal de uso práctico (para fabricación de herramientas y objetos de uso domésticos) se encuentra en forma nativa.

Además, los minerales oxidados encontrados cerca de la superficie, especialmente la malaquita y la cuprita, son fáciles de reducir con carbón, en simples hornos de greda.

El cobre fue el único metal de uso práctico que pudo ser producido con la tecnología disponible hace 6.000 o 7.000 años. El lento desarrollo tecnológico de la antigüedad permitió al cobre y al bronce dominar el escenario por miles de años hasta la irrupción de la metalurgia del hierro.

Uno de los avances tecnológicos del Calcolítico fue el arado, significó un antes y un después en la historia de la humanidad. La invención del arado tuvo lugar hacia el 5000 a.C. en Mesopotamia (actual Irak),

extendiéndose desde allí por Asia y Europa, lo que permitió explotar mayor número de tierras con una mejor eficacia.

El cobre, junto con el oro y la plata, es de los primeros metales utilizados en la Prehistoria, pues al aparecer como metal nativo, se podía martillar en frío. A partir del 6500 a. C., se han encontrado piezas ornamentales y alfileres de cobre manufacturado por el método del martilleado en frío del metal nativo.

A partir del 4100 a. C., el hombre descubre que el cobre se puede extraer de otros minerales (malaquita, calcopirita, etc.) mediante la fundición en hornos que alcanzaran temperaturas que superaran los 1000°C de temperatura.

Este metal se podía volver a fundir varias veces para fabricar nuevos objetos o instrumentos, debido a que es muy maleable y dúctil para martillar en frío.

La técnica del cobre se difundió rápidamente por todo el Próximo Oriente y coincide con el surgimiento de las primeras civilizaciones históricas: Sumeria y el Antiguo Egipto.

Esto no impide que estos procesos metalúrgicos se hayan desarrollado con carácter autóctono en otras localidades, como, por ejemplo, en Los Millares, en el municipio de Santa Fe de Mondújar en la provincia de Almería, o en el poblado fortificado de Vila Nova de San Pedro, en portugués castro de Vila Nova de São Pedro, al sur de la península Ibérica.

Estos primeros metales se difundieron por la Europa central y mediterránea durante el III milenio a. C., asociados al vaso campaniforme y a la cerámica cordada.



Cabeza de toro en cobre, madreperla y lapislázuli del III milenio a. C. y procedente de Ngirsu (actual Tel Telloh o Tello, en la provincia de Dhi Qar, Irak, ciudad de la Sumeria).

LA EDAD DEL COBRE EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

Al Calcolítico o Edad del Cobre se asocian dos grupos culturales en la península Ibérica: Los Millares y Vila Nova, ambos relacionados en su segunda fase con el vaso campaniforme.

El vaso campaniforme

La Cultura del Vaso Campaniforme debe su nombre a la existencia de abundantes cuencos y vasijas cerámicas con la forma de campana invertida, asociados en los ajuares a una serie de objetos característicos que incluyen elementos de cobre de gran prestigio (puñales triangulares, puntas palmela, adornos de oro) en tumbas que evidencian la existencia de élites sociales diferenciadas por su nivel de riquezas.

Indican una sociedad jerarquizada donde el empleo de estos es indicativo de status social. Se trata de un tipo particular de cerámica profusamente decorada. Se han encontrado restos en la desembocadura del río Tajo, Cataluña, Andalucía y Madrid (Ciempozuelos).

En cuanto a la cronología, las fechas más antiguas no se remontan más allá del 2200 a 2150 a. C. El final habría que situarlo sobre el 1700 a. C., pues existen interferencias entre campaniformes y grupos del Bronce antiguo, como El Argar, Bronce Manchego, Wessex, etc.



Vasija campaniforme hallada en Parla (Madrid)

En las excavaciones de Humanejos, en Parla (Madrid), fueron hallados y desenterrados 160 cuerpos en el que está considerado el "cementerio prehistórico (III-II milenio a.C.) campaniforme más grande de la Península.

Los primeros vestigios campaniformes fueron hallados en Ciempozuelos (Madrid) y Écija (Sevilla) en 1894 y 1888, respectivamente, lo que llevó a los investigadores a hablar de una "cultura campaniforme" originaria de España. Los expertos creen que ya no se puede hablar de "cultura o pueblo campaniforme" en el caso de la propagación del vaso campaniforme de Marruecos a Dinamarca, y de España a Chequia.

Las pruebas de ADN demuestran que los diversos pueblos que compartían el vaso campaniforme no formaban una unidad racial, pero compartían objetos de prestigio. El inglés David Clarke propagó la teoría de que la supuesta cultura campaniforme no era otra cosa que un enorme intercambio comercial de "objetos de prestigio" entre los líderes dirigentes de la época.

«Es muy interesante observar cómo Iberia por una parte y Europa Central por otra mantuvieron un marcado aislamiento genético al final del Neolítico, hace unos 5000 años, a pesar de las numerosas evidencias arqueológicas de interacciones y contactos entre ambas regiones». (Roberto Risch)

La introducción del vaso campaniforme en Europa central hace unos 4500 años parece que no tuvo nada que ver con la llegada de poblaciones de la península Ibérica, como se había defendido durante mucho tiempo. El vaso campaniforme fue adoptado en Europa Central por unas poblaciones que acababan de llegar del este (de la estepa pónica). Pero, en este movimiento hacia el oeste, el vaso campaniforme ya no es expresión de unas prácticas de consumo colectivas, como lo fue en la península Ibérica, sino que se incorpora a tumbas individuales, en las que los hombres suelen aparecer con armas distintivas y distinguidas, como puñales de cobre, arco y flechas.

El vaso campaniforme fue una cerámica de lujo, que, junto a las conocidas armas de cobre, los brazales de arquero, las joyas de oro (muy raramente en plata) y los botones con perforación "en v", formaban parte de un "paquete de objetos de prestigio". Así, no habría existido una sola cultura campaniforme ni un solo ritual funerario campaniforme, sino muchas culturas con sus tumbas particulares, en las que aparece esta cerámica cuyo uso quedó restringido al de unas élites.

LA EDAD DEL BRONCE

El bronce es el resultado de la aleación de cobre y estaño en una proporción variable. Se supone que fueron los egipcios los primeros en añadir estaño al cobre, al observar que este le daba mejores cualidades, como la dureza, un punto más bajo de fusión y la perdurabilidad (ya que el estaño es resistente a la corrosión). El bronce se puede también fundir

varias veces para obtener nuevos objetos de otros. La técnica de trabajo del bronce es casi idéntica a la del cobre.

El empleo del bronce se inició en Mesopotamia. Coincidiendo con la transición del III milenio a. C. al II, en el Próximo Oriente se implantó la aleación de bronce, lo que estableció las bases de las primeras sociedades estatales complejas. Surge el intercambio de productos y la exploración a la búsqueda de materia prima. En el segundo milenio antes de nuestra era, casi toda Europa entró en la Edad del Bronce.

El Edad del Bronce en Europa se caracteriza por una gran variedad de culturas, que a veces comparten denominadores comunes: la construcción de túmulos funerarios. Cabría destacar en la península Ibérica la cultura de El Argar.

En la Edad del Bronce en la península Ibérica se suelen distinguir: el Bronce valenciano, el agárico, el del suroeste peninsular y el atlántico. Cada uno de ellos creó su propia cultura diferenciada. En tierras de Castilla y León encontramos la última fase de Los Millares o de los vasos campaniformes, y el esplendor del culto al toro de la cultura de El Algar.

La cultura de El Argar



Mapa de la península Ibérica durante la Edad del Bronce, que muestra las principales minas de estaño y los grupos culturales conocidos hacia 1500 a. C. En el sureste se ve la zona de extensión de la cultura de El Argar (1800-1300 a. C.).

El Argar es un yacimiento arqueológico situado en el municipio de Antas, Almería, sudeste de la península Ibérica. Este complejo cultural es considerado indicativo de los procesos de jerarquización sociales que se extendieron por Andalucía oriental y el Levante español. Se desarrolló principalmente en las actuales provincias de Almería, Granada y Murcia, aunque también en las áreas limítrofes.

Su pervivencia fue de unos 800-900 años, entre mediados del III y mediados del II milenios a. C., distinguiéndose al menos dos fases, durante las cuales se produjo una continua jerarquización social interna y una expansión externa sobre las regiones colindantes. Hay claros indicios del cambio en las ideas y en la estructura social respecto al Calcolítico. Hacia 1500 a. C. la sociedad argárica desapareció bruscamente.

Si algo caracteriza al grupo argárico son los enterramientos. Se realizaban casi siempre en el interior de los espacios habitacionales. Las inhumaciones se realizaban en el interior de fosas, covachas, cistas o grandes tinajas cerámicas. Las ofrendas funerarias presentan grandes diferencias entre ellas y su análisis ha permitido plantear la hipótesis de jerarquización social. Estos enterramientos suelen ser individuales, pero, en ocasiones, incluyen a dos o incluso tres personas de una misma familia en una cista. Parece que las comunidades argáricas poseían creencias ultraterrenas.

Para González Marcén, Lull y Risch la sociedad argárica era de carácter estatal. La producción era gestionada y controlada por el grupo dominante, los intercambios aparecen reducidos a las élites. Jorge J. Eiroa cree que la interdependencia detectada en la organización territorial de grupos de asentamientos argáricos sería el resultado de una organización política de carácter complejo que podría formar parte de los procesos que dieron origen al estado. La sociedad argárica se podría calificar de jefatura altamente estratificada, similar a muchos otros grupos culturales de la Edad del Bronce.

La reducida élite masculina poseía el monopolio del armamento ofensivo y disfrutaba de un acceso preferente a algunos productos de consumo. La situación de la mujer argárica es controvertida: en algunos enterramientos femeninos aparecen ofrendas del máximo nivel, como diademas de oro, pero en ningún caso armas como alabardas o espadas, sino puñales y punzones, más asociados a los procesos económicos. Tal restricción ha sido interpretada como subordinación del género femenino al masculino en cada uno de los correspondientes niveles sociales, valorándose más su papel productivo que el reproductivo.

LA EDAD DEL HIERRO

El hierro es el cuarto elemento más abundante en la corteza terrestre, sin embargo, su utilización práctica comenzó 7000 años más tarde que el cobre y 2500 años después del bronce. Los antiguos ya conocían el hierro y lo consideraban más valioso que cualquier otra joya, pero se trataba de «hierro meteórico», es decir, procedente de meteoritos.

En el III milenio a. C. parece se desarrolló la tecnología para trabajar minerales ferrosos. Es posible que en los hornos de fundición de cobre y bronce se pudieran generar pequeños residuos de hierro, a partir de los cuales comenzaría el conocimiento de la verdadera siderurgia.

Fueron los hititas los primeros en controlar y monopolizar los productos de hierro fabricados a mediados del II milenio. Exportaban objetos de hierro a Egipto, Siria y Fenicia, pero su producción nunca fue abundante. Muchos de los envíos eran regalos con finalidad diplomática, ya que el hierro era diez veces más valioso que el oro y cuarenta veces más costoso que la plata.

Hacia el 1200 a.C., el Imperio Hitita fue destruido por los Pueblos del mar y los herreros se dispersaron por todo el Oriente Medio, difundiendo su tecnología. Es el momento en el que comienza la Edad del Hierro en el Próximo Oriente.

Cuando los hititas desaparecieron y sus artesanos se dispersaron, la producción de este metal aumentó considerablemente en todo el Próximo Oriente y los centros siderúrgicos se extendieron hasta el Egeo, Egipto e incluso Italia por el oeste; hacia Siria y Mesopotamia por el sur, hacia Armenia y el Cáucaso por el norte, y hacia las grandes civilizaciones asiáticas por el este.

En Europa comienza la Edad del Hierro poco antes del año 800 a. C. Los artesanos de la edad del Hierro europea conocían el hierro carburado: las placas de metal se trabajaban al rojo vivo, pero sin licuar, calentándolas entre carbón de leña para que absorbiese el carbono desprendido en la combustión. También desarrollaron el laminado, alternando láminas superpuestas de hierro con más carbono, y que eran más duras, con otras que tenían menos, y eran más maleables.

El calentamiento y martilleo continuo iba eliminando las impurezas y mejorando la calidad del metal hasta que acababa por crear una hoja compacta y muy resistente, al estar compuesto de láminas virtualmente soldadas, microscópicas y de cualidades físicas complementarias.

CONTEXTUALIZANDO LA EDAD DE LOS METALES

Para Renfrew y Chapman el incremento y diversificación de la producción, así como los intercambios comerciales de materiales, pusieron la base para una sociedad más compleja. Con la nueva tecnología metalúrgica se generalizó el uso de la rueda y del carro de cuatro ruedas, tirado por caballos ya domesticados. La metalurgia del cobre se extendió a la par que el vaso campaniforme, cordado y globular como resultado del comercio a larga distancia.

La elaboración de los metales provocó el paso del modo de producción autárquico del Neolítico a una economía interdependiente, gestionada y controlada por jefes, que ejercían la coerción para apropiarse de los excedentes de la comunidad. Estas sociedades fueron adquiriendo así el carácter de pre-estatales.

La estratificación social se produjo como consecuencia de la diversificación del trabajo y el surgimiento de nuevos oficios. Pero no todos los oficios

eran igual de importantes. A consecuencia de estas diferencias, surgieron las primeras jerarquías sociales: diferencia en riqueza y rango social.

Con la metalurgia comienza la especialización profesional en ámbitos ajenos a la producción de alimentos. La sociedad se hace mucho más compleja y surgen las primeras jerarquías y desigualdades socio-económicas. La aparición de especialistas para ciertos trabajos (mineros, artesanos, comerciantes, etc.) conlleva una fuerte organización social, a menudo acompañada de claras jerarquías.

Se consolidan los núcleos urbanos de población. Mejoran las herramientas agrícolas y la explotación. Uno de los mayores avances fue el arado. Se introduce la vid y el olivo como productos agrícolas. Aumentan los contactos comerciales. La introducción del caballo doméstico como medio de transporte da mayor movilidad a la población.

La importancia estratégica de los metales también explica el elevado status de todo el negocio minero en el pasado y la asociación de los metales con el mundo de los dioses y la mitología de la antigüedad. La invención de la técnica metalúrgica se refleja en las mitologías del Calcolítico con sus divinidades demiúrgicas (demiurgo: artífice o alma universal que es principio ordenador de los elementos preexistentes). La estratificación social se debió reflejar también en unos panteones más jerarquizados, regidos por deidades masculinas y guerreras, que desplazaron a las diosas madre neolíticas.

Esto se produjo a partir de la implantación del bronce, cuando la presión comercial provocó una mayor complejidad y extensión de las redes de intercambio, que incluían el estaño atlántico, el ámbar báltico y la sal centroeuropea. La generalización de comunidades con estructuras altamente jerarquizadas es simultánea a la aparición de armas, elementos específicamente creados para la guerra. A la vez desaparecieron progresivamente el vaso campaniforme y el megalitismo, así como los usos funerarios correspondientes.

CARÁCTER FUNERARIO DEL TORO EN EL MUNDO IBERO

«No se encuentran pruebas fehacientes de que en la península Ibérica existiera un dios-toro. Es muy probable que las raíces del valor del toro en las religiones ibera e indoeuropeas se hundan en la prehistoria.

No hay datos incuestionables que puedan confirmar el carácter divino del toro. El toro no fue venerado como un dios, ni fue divinizado. Aunque eso sí, excepcionalmente da la impresión de que hay asociación con una deidad. El toro es el único animal en relación con el "más allá", con finalidad apotropaica, protectora, relacionada con las específicas creencias de ultratumba iberas. El carácter más generalizado para el toro en nuestra península es el relacionado con el mundo de la muerte, como también lo fue en otras áreas del Mediterráneo. También en Grecia se inmolaban reses de color negro en honor de los difuntos, que eran quemadas». [Blázquez / García-Gelabert, 1997: 422]

Diferentes culturas del Mediterráneo muestran imágenes taurinas en entierros de todo tipo, que vinculan el más allá al poder regenerador del toro. Se manifiesta la presencia de la diosa madre, como un símbolo de la Tierra, que bajo diversas advocaciones se veneró en todo el Mediterráneo. El toro con carácter funerario está bien documentado en las necrópolis ibéricas del levante y sur de Hispania.

Los pueblos del Paleolítico superior, o del Neolítico temprano, adoptaron diversas formas de sepelios, enterramientos, preparación y atenciones al cuerpo del difunto, rituales fúnebres etc., en cuya liturgia tomaba parte activa la presencia del toro como elemento protector del finado, al que debía acompañar y proteger en ese incierto viaje hacia el lejano retorno.

En la religión cretense está presente el binomio muerte/vida desde épocas antiguas y pervive en las sucesivas épocas.

Esa relación la encontramos evidenciada y documentada en los hallazgos arqueológicos de enterramientos pretéritos, donde la presencia de cornamentas de toros formando parte del ajuar funerario, las pinturas de toros o los bucráneos esculpidos en las paredes de las tumbas, atestiguan de una manera inequívoca la presencia del toro en la órbita funeraria.

Hay una leyenda en la que la muerte del toro sirve como elemento generador de vida, en este caso de vida humana, es la siguiente leyenda: "Hireo era un criador de abejas. Un día se le acercaron Zeus y Hermes solicitando su hospitalidad. Tal solicitud fue atendida con todo lujo de atenciones, y los dioses al partir, para recompensarle, le preguntaron si quería realizar algún deseo, a lo que Hireo les contestó que su mayor ilusión sería tener un hijo, pero que ya no podía por ser de edad avanzada. Entonces los dioses le dijeron que matara un toro, se orinase en su piel y la enterrara en el sepulcro de su mujer. Al cabo de nueve meses, surgió de la tierra un niño maravilloso, Orión, a quien se le consideró como el mensajero de las lluvias primaverales y estivales".

Otra vez se repite el binomio muerte-resurrección en que, a través del tránsito por el mundo funerario, surge un nuevo ser, una nueva vida, con la intervención imprescindible del toro como elemento generador de vida por excelencia.

Las abundantes esculturas de toros halladas en el área levantina y andaluza, se han relacionado con el mundo funerario, como elemento acompañante y protector del difunto en su viaje hacia el lejano retorno a la vida futura.

«No hay datos incuestionables que puedan confirmar el carácter divino del toro que se figura en las múltiples piezas halladas en el ámbito ibérico y también en el indoeuropeo. El toro no fue venerado como un dios, ni fue divinizado. Aunque eso sí, excepcionalmente da la impresión de que hay asociación con una deidad. Tal vez una divinidad preindoeuropea propia de pueblos pastores, cuyas huellas más remotas se deben situar en el Próximo Oriente. Y como tal su imagen se consideró digna de recibir culto,

o bien de ser plasmada en objetos cultuales, e incluso en las monedas. Pero son casos muy excepcionales; más bien habría que considerarlo con un valor apotropaico [rito, sacrificio, fórmula, que, por su carácter mágico, se cree que aleja el mal o propicia el bien] y de símbolo» [Blázquez / García-Gelabert, 1997: 422].

El gran número de bóvidos en Hispania ibera (antes de la Hispania indoeuropea), hace recordar el texto de Diodoro sobre la sacralidad de las vacas en Iberia: "Hasta el día de hoy las vacas son sagradas en Iberia".

La mayoría de las esculturas de busto redondo, concretamente las de bóvidos, proceden de necrópolis.

«El toro es el único animal en relación con el "más allá", con finalidad apotropaica, protectora, relacionada con las específicas creencias de ultratumba iberas. En los ámbitos funerarios hay otros, reales o fantásticos, como el león, el caballo, el grifo, etc., que parecen asimilados a la misma función funerario del toro, aunque tal vez con diferencias de matices sutiles, que aún no conocemos.

El carácter más generalizado para el toro en nuestra península es el relacionado con el mundo de la muerte, como también lo fue en otras áreas del Mediterráneo, sin ir más lejos en Grecia había mujeres cuyo nombre aludía a este animal y que fueron enterradas bajo toro sobre plinto en Atenas (siglo IV a.C.). También en Grecia se inmolaban reses de color negro en honor de los difuntos, que eran quemadas. Obviando los muchos matices a los que pudo ir asociado, el toro destaca como símbolo de una divinidad masculina ancestral, o relacionado estrechamente con ella de fuerza fecundadora y regeneradora de la vida, y vinculado, por lo mismo, con las creencias astrales de inmortalidad, con sentido escatológico.

La reverencia al toro fue particularmente tenaz en las islas Baleares, Mallorca y Menorca, áreas no ibéricas, como pervivencia espiritual de una religión mediterránea preindoeuropea al igual que en Cerdeña, Etruria y en Oriente». [o. c., p. 427 s.]

Algunos autores piensan que al toro se le tenía por tabú, fecundante o sagrado solo en la medida que lo era en el dios/a lunar, al que representaba y del que era trasunto. El toro y la luna, ambos bajo la fórmula iconográfica de los cuernos, están representado en muchas estelas navarras, y en dos ocasiones van asociados a Júpiter directamente.

«Estamos totalmente de acuerdo en el carácter funerario del toro en las estelas de la Meseta con las imágenes de estos animales, y en el Levante ibérico y en Turdetania.

Creemos que no se puede hablar de un dios toro, sino de un carácter funerario del toro, propio de los pueblos indoeuropeos, como los vetones, pues en la religión gala el toro desempeña un papel ínfimo.

El toro con carácter funerario está bien atestiguado en el mundo antiguo. Basta recordar algunos ejemplos:

En la Península Ibérica ya en la Prehistoria aparecen altares con cuernos, como los de La Encantada y Granátula de Calatrava, de estilo gemelo a los del mundo micénico. Altares con cuernos de consagración se documentan igualmente en Chipre en el 1200 a.C.

Las figuras de santuarios y de los toros (a los que posiblemente se hacían sacrificios) han aparecido depositados en tumbas. Estos santuarios estaban consagrados a la divinidad de la fertilidad y de la muerte.

En el túmulo IV del círculo funerario A de Micenas se recogió un ritón con cabeza de toro (vaso, a menudo en forma de cuerno o de cabeza de animal, usado en la antigüedad para beber), fechado en la segunda mitad del siglo XVI a.C. En el siglo VIII a.C. se depositaron *askoi* [del griego antiguo ἀσκός `bota, contenedor de vino hecho de piel'; plural *askoi*] con forma de toro en las necrópolis etruscas de Tarquinia, de Veio y de Bolonia. En la Tumba de los Toros, de Tarquinia, se pintaron dos toros androcéfalos, uno tumbado y otro en actitud de acometer a una pareja que hacía el amor, obra fechada en torno al 530 a.C.

La cabeza de toro, bucráneo, conservó su carácter funerario en Roma. El toro con carácter funerario se representó también en zonas periféricas del Imperio Romano, como en Libia, como en Ghirza, donde monumentos funerarios están decorados con figuras de toros entre leones. En estos relieves se encuentra toda la simbología funeraria de muchas estelas hispanas, como retratos y racimos y hojas de vid, lo que indica la generalización de estos temas funerarios por todo el ámbito mediterráneo.

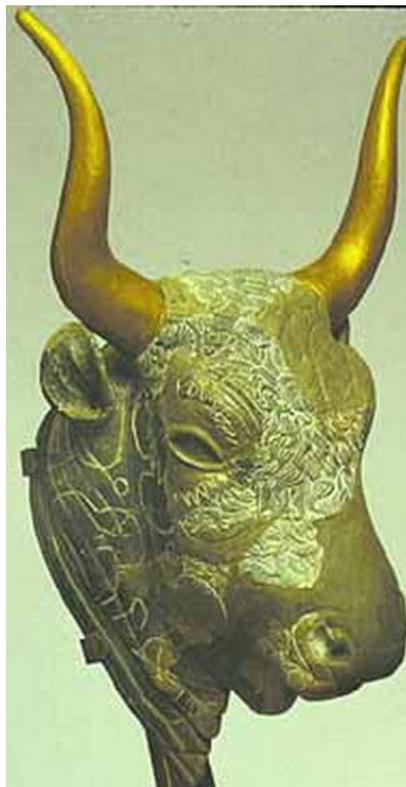
El toro con carácter funerario en el mundo ibérico, en las esculturas de verracos y en las estelas hispanas, responde a viejas creencias mediterráneas que arrancan ya del segundo milenio a.C., en incluso antes, perviviendo hasta el final del Mundo Antiguo, y más en Hispania que es un área marginal. El toro funerario en Hispania acentúa tal carácter en la estatuilla de toro con signo astral sobre la frente, recogido en la necrópolis de Azaila, que es un santuario a un personaje heroizado.

Los documentos más importantes en este sentido son los sarcófagos taumorfos de Mallorca, de época prehistórica, que demuestra que la representación del toro ya tenía finalidad funeraria antes de la llegada de los indoeuropeos a Occidente.

El culto al toro estaba muy extendido por todos los países de la cuenca mediterránea. En el ortostato de Alaca Hüyük se esculpió, colocado sobre un altar, al rey a la reina en gesto de adoración delante de un toro. En este relieve el toro simboliza al dios de la tormenta, igual que en las estelas de Jekke, al norte de Aleppo, fechadas en el siglo VIII o VII a.C. En todo el Oriente el toro simboliza la divinidad.» [Blázquez Martínez, 1999: 122 ss.]



Figura de un toro, del túmulo funerario de Maikop del Cáucaso septentrional, tercer milenio a.C. (oro)



Ritón funerario cretense, 1.700 a.C.

[Ritón: Vaso, a menudo en forma de cuerno o de cabeza de animal, usado en la antigüedad para beber. Funerario: Pertenece o relativo al entierro y a las exequias]

Diferentes culturas del Mediterráneo muestran imágenes taurinas en entierros de todo tipo, que vinculan el más allá al poder regenerador del toro. Se manifiesta la presencia de la diosa madre, como un símbolo de la Tierra, que bajo diversas advocaciones se veneró en todo el Mediterráneo.

«Se puede admitir la tesis propuesta por E. Sánchez Moreno de que determinados animales se relacionaban con el más allá (buitre, águila), con el mundo infernal (lobo, serpiente, jabalí), quizás con un matiz sagrado (caballo, toro), o eran símbolos parlantes de determinados dioses (cabra, lechuza), pero no se puede hablar de culto a estos animales.

En cuanto a las esculturas de verracos, tan frecuentes en el área vetona, después de los estudios de A. Blanco y de G. López Monteagudo, no se puede sostener que sean imágenes de una deidad, como proponían Maluquer, Blázquez y Álvarez de Miranda. Tenían carácter funerario, tesis que acepta E. Sánchez Moreno.

En el mundo ibero levantino y turdetano, en las estelas de la Meseta y en Navarra, el toro posee un carácter funerario, como hemos demostrado en dos trabajos nuestros. El toro de Azaila igualmente podía ser de carácter funerario, indicaría que el personaje divinizado o heroizado estaría muerto.» [J. M. Blázquez, en *Palaeohispanica* 1, (2001), pp. 63]



Toro de Azaila (provincia de Teruel), figura de toro en bronce (siglo III a.C.)

En la cerámica de Numancia las representaciones de toros son frecuentes, algunas de ellas cubiertas de signos astrales que indicarían una vinculación de los toros con concepciones astrales.

El toro con carácter funerario está bien documentado en las necrópolis ibéricas del levante y sur de Hispania. Algunos verracos llevaban inscripciones funerarias.

El toro hallado en un monumento de heroización de la acrópolis de Azaila es con gran posibilidad de carácter funerario y reforzaría el sentido fúnebre de todo el monumento. La roseta que lleva sobre la testuz, posible alusión al sol y a concepciones astrales sobre la ultratumba, daría una cierta vinculación astral al bóvido, clara en algunas imágenes de toro sobre la cerámica de Azaila.

El carácter funerario del toro queda bien patente en las estelas de Soria, estudiadas por T. Ortego, U, Espinosa y por nosotros, con representaciones de toro e inscripciones funerarias. Y para remachar aún más este carácter funerario del toro en la Protohistoria. he ahí los sarcófagos tauomorfos de Mallorca.

La estela más famosa procede de Lara de los Infantes y porta vaca amamantando al ternero e inscripción en la parte superior.
